

LA PANTALLA MÁGICA

Por Abel HERNANDEZ

LOS dirigentes de las principales formaciones políticas se asomaron anoche en fila india a la pantalla mágica de televisión. Fue la traca final de la campaña, el gran mitin compartido por todos, las encantadoras promesas de futuro. En Prado del Rey culminaba la carrera por el voto. La RTVE, ha mantenido durante toda la campaña la más exquisita neutralidad. Nadie, con justicia, podrá acusar a Radio Nacional y a Televisión Española de haber intentado arrimar el ascua a la sardina. El juego limpio ha sido evidente y con ello el poderoso organismo estatal ha prestado un impagable servicio a la democracia.

La suerte le deparó al presidente Suárez, cabeza de la U.C.D., abrir el programa estelar. Su intervención descolgó sobre todas las demás. Los españoles tenían delante a un estadista. La ventaja de Suárez es que se las sabe todas y que es audaz. El tono y el estilo inspiraban confianza a los ciudadanos. Uno quedaba convencido de que la cosa pública estaba en buenas manos. Trazó, sin utopías, un verdadero programa de Gobierno, con los pies en el suelo.

El profesor Tierno dio la impresión de que tenía ya una cartera ministerial en la mano (cosa, por lo demás, probable). Con un paternalismo nada ofensivo, parecía el profesor o el padre espiritual de todos los españoles. Su intervención hundía sus raíces en el más lúcido posibilismo.

Luego vino Carrillo, cuyo subconsciente le traicionó. La guerra civil sigue atenazándole el alma. A veces parecía un anciano y benemérito cura rural y otras veces se arriscaba en los «liberadores» asuntos del divorcio, la píldora y el aborto. El patrón del eurocomunismo sabe, de todas formas, lo que quiere. Y trabaja a plazo largo.

Felipe González se repitió a sí mismo. Con sus tres intervenciones televisadas, ha dado la sensación de que su gama de recursos es corta. Tiene un cierto aire de «play-boy» y parece que le preocupa más el P.S.O.E. que el país. Habla con desparpajo y seguridad, y se siente estrella.

Don Manuel Fraga es, inevitablemente, un ciclón. Empezó suave, casi pidiendo perdón, y fue «desencadenándose» poco a poco. Fraga se equivocó de formación política el pasado verano. Este gallego honrado comete errores, pero da la sensación —y parece que es cierto— que es uno de los políticos españoles que más amor apasionado demuestra por España y de una trayectoria personal más limpia. La honradez y la fuerza son sus virtudes. Dice lo que siente y siente lo que dice. Cosa rara en un político, mala cosa para un político.

Los falangistas «auténticos», encabezados por Pedro Conde, le recordaban a uno a los «montoneros». Mezclan a José Antonio con Krivine y sale un coctel explosivo. Cantarero —el bueno de Cantarero— cogió tono mitinero para hablar de la reconciliación nacional. Se equivocó de tono. Cantarero almacena dentro bondad a borbotones, pero le falta picardía política. El maoísta Eladio García Castro, interrogado por Mario Rodríguez Aragón, parecía, tan repeinado y engomado, tan encorbatado y tan plucro, más que un revolucionario, un buen burgués de los años veinte. Los del Equipo de la Democracia Cristiana —Gil-Robles, Monrabal, Canyelles y Ruiz-Giménez— estaban maltrechos del duro bregar. Se les notaba. Parece que les preocupa la tesorería. Su intervención fue probablemente la más penosa de todas.

Ningún marxista se definió marxista. ¿Por qué tendrán los de izquierdas tanto miedo a su apellido? Prevalcieron los políticos sureños: los «ceceos» y los «seceos». Mañana, cada uno de ellos se dispondrá a llenar las alforjas de votos. Algunas alforjas pueden quedar casi vacías. Pero ya han hablado a los españoles desde la mágica pantalla, que no es poco.